

contrarrevolución; si trató con la república, no fué porque se hiciese republicano, fué porque quería asegurarse un buen lote en el segundo reparto de Polonia. Este proyecto no databa del 94. Cuando la Prusia y el Austria empezaron sus armamentos, la corte de Potsdam consultó al duque de Brunswick, que pasaba por un oráculo en Alemania. El compañero de Federico II fué de parecer que, si el rey quería comprometerse en esta cruzada, debía pedir la cooperación del Austria para un engrandecimiento de su reino en Polonia. La idea de redondearse en Polonia tentaba á todos los políticos de Berlín (1). Para satisfacer esta sed de engrandecimiento, Federico Guillermo, el rey caballero, tomó la cruz contra la Revolución. Desde que llegó el momento oportuno, desertó la coalición para ejecutar un proyecto que le interesaba más que el restablecimiento de la monarquía y del orden moral en Francia.

Hé ahí á qué condujo la cruzada contra la Francia del príncipe que había manifestado más ardor, más desinteresado celo. Cuando Federico Guillermo abandonó la coalición, los reyes, sus hermanos, dijeron que era una traición. ¿Acaso los demás coligados se sacrificaban más y tenían más abnegación que el rey de Prusia? Para quien conoce el Austria y la Inglaterra, para quien conoce la política de los reyes del siglo XVIII, la cuestión es una tontería. Hemos dicho en otra parte cuál era la ambición extravagante de José II (2). Los Césares de Viena no eran de talla bastante para realizar esos sueños de monarquía universal; pero no dejaban ninguna ocasión de engrandecerse, sea en Italia, sea en Alemania. Francisco II, que reemplazó á Leopoldo, aunque dotado de toda la medianía austriaca, se complacía en esos proyectos. Era el sobrino querido de José II, y entró en sus miras, no porque participase de sus esperanzas filantrópicas (era demasiado obtuso para esto), sino porque como él hubiera querido redondearse del lado de Italia y de Baviera (3).

Los historiadores alemanes reconocen que después de la muerte de Luis XVI, la política de las potencias coligadas fué dictada por el más brutal egoísmo. En verdad, la correspondencia íntima

(1) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. I, p. 413.  
(2) Véase mi *Estudio sobre la política de los reyes*.  
(3) VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. I, p. 589.

de las cortes de Berlín y de Viena con sus ministros da asco. Es un pugilato de codicia. "¿Queréis engrandeceros en Francia? dice la Prusia al Austria. Nada mejor: os ayudaré con todas mis fuerzas; pero á condición que, por vuestra parte, me apoyaréis en mis proyectos sobre la Polonia," (1). La historia debe estigmatizar esa grosera comedia; pero ¿no es demasiado indulgente al suponer que los reyes coligados habían querido sinceramente la restauración del orden en Francia, y que no se desviaron de esta política generosa sino bajo la impresión del trastorno que signió á la muerte de Luis XVI? Si esto es cierto, es preciso decir que los reyes son singulares protectores del orden social. ¡Qué! ¡Habían proclamado á la faz de Europa que la Revolución comprometía, no tan sólo á la antigua monarquía, sino que quebrantaba las bases mismas de la sociedad! ¡Y cuando esos temores parecían realizarse en el 93, los reyes no piensan ya en contener el mal, se aprovechan de la anarquía para pescar en río revuelto! ¡Extraños médicos son estos, hay que reconocerlo! ¡Se apresuran cuando se declaran los primeros síntomas del mal, y al estallar la enfermedad, no se ocupan del enfermo más que para despojarlo!

No, los reyes no son desinteresados más que de palabra. Los coligados fueron pródigos en buenas promesas, en tanto que pudieron creer que esta política les sería útil para engañar á la Francia. Cuando vieron que representaban una comedia inútilmente, se quitaron la máscara. Tenemos de ello un testimonio muy curioso. Cuando Dumouriez hizo traición á la república, el Austria creyó que con su cooperación conseguiría vencer á la Revolución. En esta esperanza, el príncipe de Saxe-Coburgo, general en jefe de sus ejércitos, dirigió á la nación francesa una proclama llena de abnegación: "Declaro, dice, *bajo mi palabra de honor*, que de ningún modo iré al territorio francés para hacer conquistas en él, sino únicamente para sostener las intenciones generosas del general Dumouriez. Declaro también, *bajo mi palabra de honor*, que, si las operaciones militares exigían que una ú otra plaza fuerte fuese entregada á mis tropas, no consideraría esta entrega más que como un depósito sagrado, y me comprometo aquí, de la

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. I, p. 439.—VON SYBEL, *Geschichte der Revolutionszeit*, t. I, p. 592.

manera más expresa y más positiva á devolverla tan pronto como el gobierno que se establezca en Francia, ó el bravo general con el cual voy á hacer causa común, lo pidan." Pasaron cinco días, El 10 de Abril, el príncipe de Saxe-Coburgo retrata las promesas tan solemnes hechas *por su honor*: en una nueva declaración, hace saber á los Franceses que la primera era un testimonio de sus *sentimientos personales*, que había manifestado en ella su *deseo particular*, para que la nación francesa tuviese un gobierno sólido y durable que le diese la felicidad y á la Europa la paz. Pero no habiendo tenido esa declaración el resultado que debía producir, *la revoca en toda su extensión*, y proclama formalmente que el estado de guerra entre la corte de Viena, las potencias coligadas y la Francia se hallaba restablecido (1). Lo que quería decir claramente que la guerra era una guerra de conquista.

¿Qué había ocurrido entre esas dos declaraciones? ¿Cómo es que en el transcurso de cinco días, el general en jefe de la coalición proclamó la guerra de conquista, después de haber renunciado á ella solemnemente? El ejército de Dumouriez se negó á seguir á su general; los heroicos voluntarios del 93 no habían tomado las armas para hacer traición á su patria. Fracasando la traición, la comedia del desinterés no tenía ya utilidad alguna. Hubo una conferencia en Amberes entre los generales y los diplomáticos de la coalición. La Inglaterra estaba representada en ella por el duque de York y por lord Auckland, embajador en La Haya; el Austria, por el conde Metternich y el conde Stahrenberg; las Provincias Unidas, por el príncipe heredero de Orange y el gran pensionario Van Spiegel; la Prusia, por el conde Keller. Era un congreso en regla. El príncipe de Saxe-Coburgo compareció en él casi como acusado; trató de justificar su proclama, pero apenas si se le escuchó. Una guerra desinteresada no era del gusto de las potencias aliadas. Mientras vivía Luis XVI, esta táctica podía ser útil; después era una candidez. Se decidió por unanimidad que el príncipe de Saxe-Coburgo haría una nueva proclama por la cual revocaría la primera, presentando ésta como siendo la expresión de su opinión personal. Esto era de-

(1) Véanse las dos proclamas en las *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, t. I, p. 171-174.

cir que las potencias coligadas no habían pensado nunca en hacer una guerra á lo Don Quijote (1).

¡Acaso no tenemos las actas de esta memorable conferencia de Amberes! Ellas nos presentarán en claro los viles sentimientos que animaban á la coalición. Lo que sabemos de ella es ya muy edificante. El Austria no se tomaba el trabajo de ocultar sus designios. Después de la toma de Condé, el príncipe de Coburgo declaró "que, habiéndose sometido al poder del emperador la ciudad, fortaleza y distrito de Condé, tomaba posesión de ello en nombre de Su Majestad imperial, y que concedía á todos los habitantes de los países *conquistados* toda seguridad y toda protección," (2). En Valenciennes la misma conducta. Nada parecía más natural al Austria que conquistar el Flandes francés. En el mes de Octubre de 1793, el conde de Mercy-Argenteau, que con el triunfo había recobrado el valor, escribía al barón de Thugut: "Las provincias de los Países Bajos debían adquirir *más consistencia*, una *nueva frontera* y *más fuertes barreras*," (3). El 14 de Noviembre de 1793, Würmser dirigió una proclama á los habitantes de la Alsacia: "Alsacianos, les decía, extended vuestras miradas por los demás pueblos de Alemania; ved cómo se alegran de poder llamarnos nuevamente sus hermanos. Alegraos con ellos. No habrá uno entre vosotros, no habrá uno que se niegue á la felicidad de ser Alemán... (4). ¡Dios sabe dónde se hubiera detenido la ambición de Austria, si la victoria hubiera secundado sus designios!

El célebre orador inglés Fox censuró en pleno parlamento las proclamas del príncipe de Saxe-Coburgo (5). Si hubiera sabido lo que había pasado en el congreso de Amberes, hubiera extendido su censura á toda la coalición. El gobierno británico hizo también una declaración en el mes de Octubre de 1793. Se ven figurar en ella confusamente, como fin de la guerra, la necesidad de rechazar una injusta agresión, la voluntad de defender á sus aliados y de proporcionarles, así como á la In-

(1) VON SYBEL, *Revolutions-Geschichte*, t. II, p. 275-277.

(2) *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo I, p. 192.

(3) *Correspondencia entre Mirabeau y el conde de la March*, tomo II, p. 437.

(4) *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo I, p. 214.

(5) Discursos de PITT y de FOX, t. XI, p. 303.



glaterra, justas indemnizaciones (1). ¿Cuáles eran esas indemnizaciones? Indudablemente las colonias; pero la Inglaterra no desdeñaba las posesiones en el continente. El duque de York declaró á los Austriacos que el ministerio inglés quería absolutamente apoderarse de Dunkerque; uno de sus tenientes, el coronel Murray, añadió que éste era el gran motivo que había decidido al parlamento á consentir en la guerra del continente (2). Dunkerque era un apeadero, una primera etapa para ir más lejos. Desgraciadamente los ejércitos de la República no lo permitieron.

“Pues que todo el mundo piensa en engrandecerse, dijo el príncipe de Orange en la conferencia de Amberes, creo que no se olvidarán las Provincias Unidas, (3). Nada más justo. No había más que una ligera dificultad. Se repartían la piel del león antes de haber cazado al monstruo. Ciertamente, las potencias coligadas no eran dignas de luchar contra la Revolución. Después del 89, después del 93, se hubiera comprendido una guerra de ideas, de principios, la guerra del antiguo mundo contra el nuevo. Tal era el fondo de la lucha; pero los combatientes no estaban á la altura de su papel. Así es que fracasaron vergonzosamente. Generalmente somos castigados por donde más pecamos. No tan sólo los coligados no realizaron sus culpables proyectos, sino que encendieron la pasión de las conquistas en los hombres de la Revolución. Se acusa á la ambición de la República. Esto es olvidar que la República empezó por defender su existencia y la integridad de su territorio. Victoriosa, hizo uso de las represalias. ¿Qué cosa más legítima, bajo el punto de vista del derecho de los príncipes! El gran culpable es la coalición. A los que Dios quiere perder, los vuelve ciegos. El mundo antiguo debía perecer; pereció por el egoísmo de los que se habían ligado para defenderle contra la invasión de las ideas nuevas.

#### N.º 2.—La Inglaterra.

##### I

La Inglaterra desempeña un gran papel en la coalición; fué el alma de ella: la lucha concluyó

(1) *Memorias sacadas de los papeles de un hombre de Estado*, tomo 1, p. 211.

(2) HÆUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. 1, p. 491, nota.

(3) HÆUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. 1, p. 459.

por ser un duelo á muerte entre la nación inglesa y el continente, dominado por el genio de Napoleón. En el 89 se estaba muy lejos de esperar esas sangrientas hostilidades. El primer movimiento de la Revolución fué una viva simpatía por la Inglaterra. Creíase en una alianza de los dos pueblos durante tanto tiempo rivales, y la alianza debía asegurar la paz del mundo. Las simpatías de la Francia revolucionaria por la nación inglesa eran sinceras, parecían naturales. Léase en la *Exposición histórica de los motivos que han traído la ruptura entre la república francesa y el rey de Inglaterra, redactada y publicada por orden de la Convención nacional* (1): “Al declarar su independencia política y su libertad civil, la nación francesa no pudo menos de extender sus miradas sobre los pueblos que la rodeaban, y se apresuró á saludar á los que, por una feliz analogía de sentimientos, podrían, si no cooperar, á lo menos aplaudir al nuevo sistema social que había levantado... Esta isla, feliz después de tantos años, la morada de la filosofía y de las artes útiles á la humanidad; esta isla que, en el siglo último, había dado un ejemplo patente de su energía, la Inglaterra, pareció ofrecer á la república naciente de la Francia hombres y principios dignos de su aprecio: se entregó con ardor á la dulce ilusión de unir con lazos indisolubles á dos pueblos que habían sido durante mucho tiempo el juguete de la perfidia de las cortes y de la ambición de los ministros. Los conmovedores testimonios de un aprecio recíproco fueron muy pronto los presagios de esta unión que debía regenerar al mundo y asegurar la tranquilidad de la Europa entera. La Inglaterra alimentaba aún en su seno hombres libres y enérgicos, que se atrevían á manifestar sus sentimientos por medio de felicitaciones públicas dirigidas á la asamblea que representaba entonces la nación francesa; se formaron allí sociedades para corresponder con sus hermanos del continente, á fin de facilitar el camino que conduce á la felicidad social, y de asegurar para siempre la paz, la tranquilidad y la independencia de los pueblos.”

Hé ahí un lenguaje nuevo en las relaciones de la Francia y de la Inglaterra. Durante todo el si-

(1) *Choix de rapports, opinions et discours*, pronunciados en la tribuna nacional, desde 1789 hasta nuestros días, t. XI, página 106 y siguientes.

glo XVIII había reinado una animosidad ardiente entre las dos naciones rivales desde la Edad Media. Hubo políticos que, elevando esta hostilidad á la altura de una doctrina, declararon que la Francia y la Inglaterra eran enemigas naturales. ¡Qué blasfemia contra la naturaleza y contra Dios, cuya manifestación es aquélla! ¡Habría criado Dios dos pueblos para que se destrocen como fieras hasta el fin de los siglos! A esto conducía en la Europa cristiana la fraternidad predicada por el Cristo. La revolución, inspirada por la filosofía, redujo á la nada la política que divide las naciones, cuando su misión es unir las. Presenciamos el espectáculo de esta diplomacia nueva que ha hecho un llamamiento á la fraternidad y que se propone como fin el establecer la paz entre los hombres.

El 28 de Enero de 1791, Mirabeau dió un informe á la Asamblea nacional sobre la situación de las potencias extranjeras respecto á la Francia (1). Se hablaba ya de una coalición; se alarmaban de ella. Mirabeau pregunta qué es lo que Francia tiene que temer ó que esperar del gobierno inglés. Su primer pensamiento es la alianza de los pueblos: “Echar desde ahora las grandes bases de una eterna fraternidad entre la nación inglesa y la nuestra sería un acto profundo de una política virtuosa y rara.” Así es que allí donde la antigua diplomacia había querido mantener una eterna hostilidad, la Revolución estableció una fraternidad eterna. Sin embargo, Mirabeau tenía demasiada perspicacia para creer que de un día al otro el odio sería reemplazado por la amistad. No quiere, dice, excitar á la Asamblea á tener demasiada seguridad; prevé, teme que hombres llenos de las antiguas preocupaciones de rivalidad nacional se dejen tentar por las agitaciones revolucionarias para explotarlas, y que tengan la funesta ambición de fundar la grandeza de su patria en la ruina de la Francia. Lo que le tranquiliza es que, cuando se trata de la Gran Bretaña, es preciso escuchar la voz pública; ahora bien, Mirabeau creía, con todos los hombres del 89, que el pueblo inglés era simpático á la Francia libre: “He recogido, dice, de origen auténtico, que la nación inglesa se ha alegrado, cuando hemos proclamado la gran carta de la humanidad encontrada en los escombros de la Bastilla. Si algunos de nuestros decretos han chocado con

las preocupaciones episcopales ó políticas de los Ingleses, han aplaudido á nuestra libertad misma, porque sienten bien que todos los hombres libres forman entre sí una sociedad de seguros contra los tiranos.” Mirabeau espera que si un ministro culpable se atreviese á dirigir contra la Francia una cruzada feroz para destruir su constitución, una voz terrible como un volcán saldría de esta tierra clásica de la libertad para devorar la facción que tratase de sujetar la nación francesa, devolviéndola á las cadenas que acababa de romper.

Como se ve, los hombres del 89 eran presa de la esperanza y del temor á la vez; no tenían confianza en la aristocracia que gobernaba en Inglaterra, pero contaban con la opinión pública. Contaban con ella demasiado, porque tomaban por opinión pública la manifestación demasiado estrepitosa de algunas sociedades populares. Es verdad que cuando la Asamblea legislativa reemplazó á las constituyentes, la Francia continuaba inclinada á una alianza con la Inglaterra. El 4 de Octubre de 1791, el abate Grégoire leyó á la sociedad de los Amigos de la Constitución, instalada en los Jacobinos, una exposición á los diputados de la segunda legislatura; la exposición fué impresa y enviada á las sociedades afiliadas: expresa, pues, bien los sentimientos dominantes. ¿Cuál es el primer consejo que los jacobinos dan á los nuevos diputados? Es la alianza con la nación inglesa: “Estrechad vuestras filas con esos respetables insulares que han ilustrado á ambos mundos, que tienen derechos á nuestro aprecio y hasta á nuestro agradecimiento, pues que nos han enseñado á sobrepujarlos. Que el acento de la amistad resuene desde los márgenes del Sena á las del Támesis y confunda en dulces abrazos á los Ingleses y los Franceses.” (1).

Se formó en la Asamblea legislativa un partido de la guerra. Brissot y sus amigos, los girondinos, son acusados de haber provocado el rompimiento con la Europa, por ambición ó por ligereza. Por lo menos no se les puede criticar el haber querido malquistar la Inglaterra y la Francia. Los sentimientos que Brissot expresó en la tribuna nacional son los que el abate Grégoire acababa de proclamar en los Jacobinos: “La naturaleza de las cosas llama las dos naciones á una alianza frater-

(1) *Monitor* del 30 de Enero de 1791.

(1) *Monitor* del 4 de Octubre de 1791.



nal y durable, porque estará cimentada, no en conveniencias de familia, sino en principios eternos y en intereses comunes, (1). Algunos meses más tarde se encendía una guerra á muerte entre ambos pueblos. ¿Se debe imputar á la democracia revolucionaria, ó á la aristocracia inglesa?

Los principios del 89 resonaron en Inglaterra y hallaron en ella ardientes simpatías. Apenas había pasado un año desde la toma de la Bastilla, cuando el doctor Price pronunció en la sociedad de los Amigos de la Constitución de Londres un discurso en el que respiraban los mismos sentimientos de fraternidad que animaban á los jacobinos de París. El discurso, enviado á la Asamblea nacional, fué acogido en ella con vivos aplausos: "La Francia, decía el doctor Price, manifiesta hoy disposiciones á la paz, y muy pronto las naciones más sabias no tendrán ya otros deseos. Ella ha declarado ya que renunciaba á toda idea de conquista; irá más lejos aún, provocará una alianza con la Gran-Bretaña. Durante mucho tiempo hemos considerado á los Franceses como nuestros enemigos naturales; no queríamos tener nada de común con un pueblo que no nos ofrecía más que un déspota y esclavos. Los Franceses han roto sus cadenas; han seguido nuestro ejemplo, pero nos dan otro; nos llaman, no á las llanuras en donde corre la sangre de los esclavos por el placer de los déspotas, sino hacia un altar de paz que recibirá los homenajes de dos grandes naciones que quieren permanecer libres y unidas. ¡Ah! ¡Cuánta felicidad presagiaría semejante pacto! Podríamos decir á todas las naciones civilizadas: La paz, y la paz se haría," (2).

Esos sentimientos, tan nuevos en Inglaterra, no se produjeron tan sólo en las sociedades populares; un noble lord los llevó á la alta cámara. En el mes de Noviembre de 1790 se reunió el parlamento. Lord Stanhope declaró que, si hasta entonces se había mantenido la paz, se debía á la Revolución francesa. Esto pasará por una paradoja en el campo de la reacción, pero que se piense que Stanhope hablaba en 1790. El orador fué más lejos. "Estoy persuadido, añadió, que nada en el mundo será más eficaz para hacer la paz de la Europa permanente que la alianza bien concertada que nos-

otros formásemos con esta grande y libre comarca." Lord Stanhope se levantó en seguida con fuerza contra los libelos en los cuales se desfiguraba la Revolución y se insultaba á la Francia. Los empujados provocaban entonces á la guerra civil, y el famoso Calonne pretendía que sería sostenida por todos los reyes de Europa. El orador calificó esta suposición de calumniosa. "Lejos de alimentar los desórdenes entre nuestros vecinos, exclamó, deberíamos contraer una alianza estrecha con la Francia, para asegurar la paz del mundo," (1).

Después de la Revolución de 1830, la alianza de las dos grandes naciones se ha realizado, y se ha mantenido, á pesar de los obstáculos y los acontecimientos que parecían comprometerla. No son, pues, vanos sueños las palabras de fraternidad que se cambiaban en 1790 entre París y Londres. La revolución profetizaba el porvenir. En su generoso movimiento, creía que desde entonces podría formarse la alianza de la Francia y de la Inglaterra. En la primavera de 1792, Talleyrand fué enviado cerca del gobierno inglés con la misión de establecer una alianza nacional entre dos pueblos libres, á fin de oponerla á la coalición de las antiguas monarquías contra la Revolución (2). Chauvelin, acreditado en Londres como embajador de Luis XVI, propuso formalmente la alianza. Se lee en una nota del 18 de Junio de 1792: "El rey de Francia expresa el deseo de unirse particularmente á las disposiciones de S. M. británica, para la tranquilidad de la Europa, que no se turbaría jamás si la Francia y la Inglaterra se uniesen para mantenerla," (3). El embajador declaró que tal era el deseo del pueblo francés, que á sus ojos toda guerra que no era necesaria para cuidar la legítima defensa era esencialmente injusta. La proposición de Talleyrand halló poca acogida en las altas regiones de Londres. No era tan sólo á causa del estado precario de la Francia, como lo dice monsieur Mignet; era porque el gobierno inglés no tenía ninguna simpatía por la Revolución. Se limitó á declarar su neutralidad, bajo el pretexto "que los sentimientos que la habían determinado á no inmiscuirse en los asuntos interiores de la

(1) *Monitor* del 11 de Diciembre de 1790.

(2) MIGNET, *Noticia sobre Talleyrand*.

(3) *Choix de rapports, opinions et discours*, pronunciados en la tribuna nacional, t. XI, p. 107.—*Monitor* del 20 de Julio de 1792.

Francia debían igualmente determinarle á respetar los derechos y la independencia de los demás soberanos."

La neutralidad era una muestra de desconfianza para la Revolución. Hay que deplorarlo, porque de la desconfianza, la corte de Londres pasó muy pronto á la animosidad, y las pasiones nacidas de una lucha ardiente dividieron á las dos naciones más que nunca. Tengamos en cuenta á Talleyrand el haberse elevado, desde el principio de la Revolución, á la idea de una alianza entre dos naciones que la antigua diplomacia proclamaba enemigas naturales. Si la alianza, realizada después de 1830 hubiese podido hacerse en 1792, la coalición hubiera sido imposible, y se hubiesen evitado á la humanidad más de veinte años de guerra. La sangre corrió á raudales; pero no se debe acusar de ello á la Francia revolucionaria. El 3 de Julio de 1792, el ministro de negocios extranjeros dió cuenta á la Asamblea legislativa del resultado de sus negociaciones. Este informe es la justificación de la Francia del 89: "De todas las potencias, dice el ministro, la Inglaterra es aquella cuya amistad conviene más á los Franceses regenerados y libres. La alianza que las uniría aseguraría para siempre su prosperidad, y en vano se ligarían contra ellas todas las potencias," (1).

Á pesar de la negativa del gobierno inglés á unir los destinos de los dos pueblos libres, la Francia se obstinó en creer en las simpatías de la nación inglesa. Citemos las generosas palabras que François de Nantes pronunció en la tribuna nacional, en el momento en que estalló la guerra entre la Francia revolucionaria y la Europa monárquica. "No sufriremos que se ultraje aquí al pueblo inglés sospechando que pueda tomar una parte activa en la guerra... Esta nación es grande, es orgullosa, es generosa; nos contempla con ese interés que se toma á un joven ardiente que desde su aurora, anuncia un atrevimiento y una fecundidad de genio que presagian que llenará de grandes destinos y que cambiará algún día la faz del mundo. Séame permitido prestar aquí, en nombre de la nación francesa, este homenaje al pueblo inglés, en donde he respirado el primer aire de la libertad y he encontrado el ejemplo de las más varoniles virtudes," (2).

(1) *Monitor* del 12 de Julio de 1792.

(2) *Monitor* del 28 de Abril de 1792.

Estas palabras fueron cubiertas de aplausos. Las ilusiones de la Francia eran entretenidas por las simpatías que una débil minoría del pueblo inglés manifestaba por los principios del 89 y por la generosa nación que los había proclamado. En el mes de Octubre de 1792, el abate Grégoire recibió una carta de un demócrata de Londres que se apresuró á publicar en el *Moniteur* como un testimonio de los sentimientos que la Inglaterra tenía por la Francia: "En muchas ciudades, dice el correspondiente del ciudadano Grégoire, se toma gran interés por la libertad francesa, se la desea y se la envidia; no dudo que si se estableciese sólidamente en Francia, como espero, la Inglaterra y la Francia, aliándose, realicen el sublime proyecto del buen abate Saint-Pierre, juzgando las cuestiones de las demás naciones europeas y obligándolas á la justicia y á la paz," (1). En el mes de Noviembre de 1792, las sociedades patrióticas, fundadas en Inglaterra, enviaron exposiciones sobre exposiciones á la Convención nacional; todas respiran los mismos sentimientos de paz y de fraternidad (2). Citaremos algunos trozos:

"Es del deber de los verdaderos Bretones el sostener y asistir con todos sus medios á los defensores de los derechos del hombre, los propagadores de la felicidad de la humanidad, y de jurar á una nación que procede según el plan que habéis adoptado una amistad inviolable... Despojados de nuestras antiguas preocupaciones, en lugar de enemigos naturales, no vemos en los franceses sino conciudadanos del mundo, sino los hijos de este padre común que nos ha creado á todos para amarnos, para auxiliarnos unos á otros, y no para odiarnos y estar dispuestos á degollarnos al mando de reyes débiles ó ambiciosos ó de ministros corrompidos... La triple alianza, no de las coronas, sino de los pueblos de la América, de la Francia y de la Gran Bretaña, dará la libertad á la Europa y la paz al universo... ¡El universo es libre! ¡Los tiranos y la tiranía ya no existen! La paz reina en la tierra y se debe á los Franceses."

## II

Esas manifestaciones han hecho creer á algunos historiadores que la Inglaterra empezó por fa-

(1) *Monitor* del 20 de Octubre de 1792.

(2) *Monitor* del 8 de Noviembre del 12 y del 23 de Noviembre de 1792.